

Los jueces

JAVIER SETÓ

Daniel 13, 19-20

Demasiado tiempo esperamos desde que el uno al otro nos declaramos nuestra común pasión y criminal propósito hasta que hallamos aquel mediodía ocasión de poner por obra aquello que tanto anhelábamos: hacer nuestra a Susana, hija de Helcias, mujer de Joaquín. Entonces nos precipitamos hacia su persona, hermosa y deseable, y, al tiempo que la conminábamos a guardar silencio, le expresamos nuestro afán de yacer con ella y, que si no accedía, la acusaríamos de adulterio y moriría. (Ya habíamos echado a suertes quién habría de gozar primero de su carne y ya luchábamos por despojarla del manto con que se tapaba y nos ocultaba aquello en que más deseábamos complacernos.) Entonces preguntó por qué y dijo, la insensata, que prefería morir antes de pecar ante el Señor, y se puso a dar grandes voces, y también nosotros lo hicimos, y se congregaron los sirvientes y ante ellos, ante todos, la acusamos de haberla sorprendido acostada con un joven al que no habíamos podido retener.

Mañana la procesaremos y mandaremos que se descubra para mejor saciarnos de su hermosura. Pondremos nuestras manos sobre su cabeza y el cuerpo que no ha querido entregarnos será lapidado.

Por qué, dijo... Pero ¿acaso no basta que seamos jueces y que nuestra es la autoridad? ¿Que tengamos sobre el pueblo poder de vida y muerte? No en vano cuelgan en torno a nuestros cuellos gruesas cadenas de

oro y merecemos, si se nos antoja, gozar de las hijas de Israel. Porque somos poderosos, imponentes, terribles; porque no podrá escapar a nuestros actos y nuestras mentiras y nadie la creará frente a nuestro testimonio; porque su piel es tan tersa y su carne es tan firme, y nuestro cuerpo, como le ocurriera al del rey David, necesita calor, porque pareces tan bella y, en cambio, los pechos de nuestras mujeres cuelgan ya como pellejos exhaustos y están hinchados sus tobillos y nuestro miembro apenas se yergue aunque nos coma el deseo, porque somos calvos y nuestro cabello es cano y matas de pelos duros y extraños crecen desmesuradas en nuestras cejas, narices y orejas, porque nuestras noches, plagadas de insomnios y sobresaltos, son largas y el amanecer nos sorprende despiertos, con el pecho vacío y helado de miedo y cada nuevo día nos descubre una nueva molestia o un desconocido dolor, porque nuestros hijos, nuestros nietos, nos recuerdan que ya no somos lo que fuimos, que lejos están ya nuestros días de lozanía y han huido las dulces horas en que nos dejábamos llevar por la risa y la brisa en el aire nos embriagaba, porque tenemos el cerebro podrido y lascivo y lleno de espanto, porque nos hallamos sin saber cómo prisioneros en estos huesos caducos, en estas carnes blancas y flojas, en estas articulaciones maltrechas y apenas nos quedan dientes y pasamos y repasamos la comida en la boca antes de poder engullirla, porque somos asquerosos y olemos mal, porque sentimos revolotear en torno a nosotros la enfermedad, y la muerte, desagradable, asoma, y vemos abrirse a nuestros pies el abismo de una vida transcurrida y desperdiciada, porque nos ciegan la ira y la cólera y la soberbia, porque bebemos del despecho y el egoísmo y no admitimos ya que nos contradigan, porque nuestros sentidos son como corteza de árbol centenario y no sabemos ya apreciar el frescor del agua, los juegos de la luz en las ramas, el sabor del vino y sólo hollarte nos rescatará por un instante de nuestra condición porque somos viejos, Susana, viejos, viejos, viejos... ❏